

NOTAS

CÓMO LA CULTURA OCCIDENTAL SE REFLEJA EN LA HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

ECKART LEISER
Universidad Libre de Berlín

RESUMEN

El artículo indaga algunos rasgos de la cultura occidental, en la que lo más trascendental resulta ser una relación hombre-mundo caracterizada por el control. Su correlativo psicológico y filosófico es el esfuerzo de establecer el «Yo» como centro inequívoco del mundo para a continuación reflexionar sobre este «ombligo». En la psicología esta posición filosófica prevaleció hasta el siglo XIX, cuando se produjo —impulsado por Galton y Angell— un viraje hacia una posición utilitarista: de un control «filosófico» del mundo a un control puro y llano del individuo, regido por intereses económicos y políticos. A través de la «psicologización» de la vida cotidiana de nuestros días este proyecto de un control exterior ha sido relevado por otro del autocontrol. Se cuestiona, desde el psicoanálisis estructural, la viabilidad de este acceso controlador al sujeto y de psicología como ciencia positiva.

ABSTRACT

The paper inquires into some traits of the western culture of which the most comprehensive shows to be a man-world-relation characterized by control. Its psychological and philosophical correlate is the exertion to establish the «Ego» as the unequivocal centre of the world, and subsequently reflect upon this «navel». In psychology this philosophical position dominated up to the 19. century, when a turn took place, prompted by Galton and Angell, toward a utilitarian position: away from a «philosophical» control of the world to a pure and plain control of the individual, based on economic and political interests. In the «psychologization» of everyday life in our times, this project of an external control found itself relieved by one of self-control. The feasibility of this «psychological» grip on the human subject and the possibility of psychology as a positive science are questioned from the viewpoint of structural psychoanalysis.

Palabras clave: Historia de la Psicología, Psicoanálisis estructural, Utilitarismo, control exterior/interior.

Keywords: History of Psychology, Structural Psychoanalysis, Utilitarianism, External/internal control.

Recibido el 13 de diciembre de 2007

Aceptado el 17 de marzo de 2008

ISSN 0210-8615

Ante el tema planteado en el título, a saber la historia de la psicología, no puedo sino adelantar algunas salvedades. En un artículo reciente (Leiser 1994) expuse lo difícil que es definir la veracidad en el campo de la historiografía y distinguirla de la dimensión fantasmal y, es más, insistí en que el mejor camino hacia la veracidad siempre pasa por un entramado mitológico. Entonces hice referencia a *Lévi-Strauss* quien sostiene que los llamados historiadores son en gran parte narradores de sus fantasías individuales o culturales. Dijo además que de lo que más hay que desconfiar es de la historiografía de corte «empirista». A quienes interesan más en detalle estas advertencias preliminares les recomiendo la lectura de este trabajo.

La precariedad de todo proyecto de historiografía se acusa más aun en el caso de la psicología por razones que vamos a abordar más adelante. Esto se refleja ya —si bien de forma «ciega»— en la coexistencia de distintos enfoques historiográficos altamente heterogéneos:

- Hay un enfoque «cronológico», que consiste en una enumeración cronológica de hombres famosos (mujeres apenas hay por allí), ideas, teorías, experimentos típicos.
- Hay un enfoque interesado en la historia de los efectos de los elementos clave del pensamiento psicológico, que se dedica al análisis de las repercusiones de ellos aunque sólo fueran encubiertas o subrepticias, a título de ejemplo la persistencia del animismo en dos corrientes tan antagónicas de la psicología actual como son el conductismo y el psicoanálisis.
- Hay otro enfoque que podría llamarse «cienticismo escatológico» que se pone a reconstruir la evolución de la psicología en base de algún principio favorito de cientificidad que va imponiéndose como finalidad, sea el método experimental o sea el nivel de formalización de las teorías, etcetera.
- Por último vale mencionar el enfoque marxista al estilo de *J.B. Bernal* que considera la psicología una suerte de reflejo ideológico, de tal manera que más bien que de su propia historia, se trata de investigar la historia de los factores externos, o sea las distintas constelaciones clasistas que condicionaron su evolución.

Así que el discurso de la psicología respecto a su historia, si no se borra de antemano este tema de la agenda como dispensable, destaca por una confusión enorme. Hay quienes colocan el comienzo de una psicología en la penumbra histórica del antiguo Egipto, haciendo alusión a las «Conversaciones de un hombre harto de vivir» (2100 a. de J.C.). Hay otros que lo identifican con *Aristoteles* y su texto «Acerca del alma». Hay otros tantos para los que coincide con el asociacionismo y empirismo a modo de *Locke*, *Hume* o *Priestley*. Y hay un consenso bas-

tante fuerte —impulsado por la psicología alemana donde es la posición «oficialista»— que estipula como fecha de nacimiento de la psicología la instalación por parte de *Wundt* de unos aparatos en un trastero de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Leipzig.

Pues bien, si hay algo así como la historia de la psicología, debe de tratarse de un fenómeno cargado de ironía. Pues es precisamente el conductismo que a su vez definiría —si de verdad aceptara la legitimidad de historiografía— como su inicio el célebre manifiesto de su fundador *J.B. Watson* del año 1913, que a la postre redescubre, a través de *J.R. Kantor*, a Aristoteles y hasta llega al extremo de invocarle como patrono de un proyecto vanguardista de una psicología futura.

No hay entonces más solución que introducir algunos criterios propios a la hora de emprender este intento de enfocar la historia de la psicología bajo el tema planteado aquí. Un *primer criterio* será la reflexión sobre las implicaciones epistemológicas del enfoque psicológico que se deriva del *psicoanálisis estructuralista*. Un *segundo criterio* será una perspectiva *foucaultiana* en cuanto a la función social de las ciencias humanas en el margen de un sistema del poder. Un *tercer criterio* será el principio marxista de contemplar la evolución de la humanidad y de sus emanaciones mentales como proceso empujado por su dinámica propia que, entre otras cosas, engendró las distintas ciencias, de tal suerte que no hay que recurrir a causas o fines metafísicas.

Para concretar mi posición que resulta de estos criterios a la hora de acercarme a lo que se llama psicología, diría lo siguiente: Creo que la subjetividad humana se constituye en función de estructuras antepuestas primordiales e infranqueables, siendo la más fundamental el orden simbólico, con el lenguaje como su manifestación más palpable. Este orden lo contemplamos aquí no sólo como dispositivo *estructurado* sino también *estructurante*. De ahí que siempre hay que tener en cuenta la *funcionalidad* de nuestros procesos cognoscitivos para mantener este orden, incluidos los elementos fantasmáticos y engañosos imprescindibles al efecto. En otras palabras, al margen de facilitar «conocimientos» tienen la función de *proteger* el orden y hasta *reprimir* aquellos elementos que lo pongan en peligro. Son cosas estas que más aun van a afectar a la psicología, un proyecto *autoreferente*, a la que resultará particularmente difícil escapar de esta funcionalidad primordial de sus construcciones, una funcionalidad sustraída por tanto al control racional. Por otra parte, a diferencia de *Foucault* creo que este subterráneo primordial del sujeto humano es una instancia en parte fuera del alcance de cualquier «dispositivo del poder», y a diferencia del marxismo pienso que la realidad no es reducible a lo material (lo problemático del concepto «materia» en el marxismo se acusa particularmente a la hora de preguntar por el carácter de las entidades matemáticas).

Desde este punto de partida así puntualizado, lo primero que destaca desde una visión histórica es que tienen que producirse condiciones determinadas a nivel cultural para que emerjan planteamientos de índole psicológica, puesto que por lo visto en otras culturas y otras épocas no había esta necesidad. Este punto ya nos lleva a una especificidad de nuestra cultura occidental, a saber una relación hombre-mundo muy particular cuyo principio supremo es el *control*. Como expuse en otro artículo titulado «Sobre el “Yo-cognoscitivo” del investigador» que va a publicarse en la revista psicoanalítica «*Tres al cuarto*» esta relación por su parte es fruto de un esquema de identidad que precisa de un punto central único que hace falta para hacer frente a una amenaza continua de despedazamiento. Este punto central es exactamente lo que hoy en día solemos llamar el «Yo». Por tanto sostengo que esta especie del «Yo» que todos aquí compartimos no es en absoluto una cosa universal sino efecto de una estructura de identidad muy específica. La misma estructura de identidad engendra un esfuerzo permanente de definir y clasificar las cosas de manera dicotómica, característica ésta del pensamiento de la cultura occidental. Su manía de definir y clasificar puede considerarse entonces como esfuerzo de mantenimiento permanente del sujeto y medio para combatir su fragmentación.

Forma parte de esta «economía del control» una reflexión específica sobre lo que es este punto central, este «ombigo» de todo. Es lo que llamamos la *filosofía* en el sentido clásico de la palabra. Recorriendo este fenómeno hacia sus orígenes llegamos a la filosofía griega y particularmente a *Aristoteles*. Así que, según nuestros criterios, de hecho hay razones para considerar a Aristoteles el padre de un pensamiento que gira sobre la condición de este «Yo» y, en este sentido, el padre de la psicología occidental. Es una psicología, la de Aristoteles, que integra unos ingredientes interesantes de verdad. Dice en la citada obra «*Acerca del alma*»: «Por otra parte, el alma es causa y principio del cuerpo viviente. Y por más que las palabras «causa» y «principio» tengan múltiples acepciones el alma es causa por igual según las tres acepciones definidas: ella es, en efecto, causa en cuanto principio del movimiento mismo, en cuanto fin y en cuanto entidad de los cuerpos animados ... Todos los cuerpos naturales, en efecto, son órganos del alma, tanto los de los animales como los de las plantas: lo que demuestra que su fin es el alma.» (Aristóteles 1994, págs. 120-121). Llama la atención que introduzca aquí un concepto del alma o ánimo muy general que no lo trata como don exclusivo de los seres humanos sino que más bien lo relaciona con la naturaleza en su totalidad. Así que de verdad este concepto ya se presta fácilmente al enfoque de una psicología comprometida con las ciencias biológicas como es el conductismo. Por otra parte, deja la cuestión lo suficientemente abstracta como para no disputar al hombre el lugar de centro incuestionable que por consiguiente está

eximido de la suerte de convertirse en objeto investigado. En total, esta *posición filosófica* introducida por Aristóteles deja al psiquismo humano, lejos de considerarlo un acontecimiento concreto, experimentable y asequible al análisis objetivo, en el campo de la metafísica. Pero este control metafísico basta para desembocar en toda una tradición filosófica de psicología que a través de la historia del Occidente se manifiesta en múltiples variantes. Una de ellas es la metafísica subjetiva de un *Augustino* (354-430) inspirada en el cristianismo y que se manifiesta en su obra «Confesiones». Tal metafísica subjetiva puede considerarse como espejismo de aquel «Yo controlador» cuya labor de control, a diferencia de Aristoteles y sus especulaciones «científicas», ahora consiste en afanarse por una identidad coherente —por no decir eterna en el sentido cristiano de la palabra— que se encuentra amenazada por el mal y los pecados.

A partir del siglo XVII y su auge de las ciencias naturales entró en escena otra variante de la posición filosófica marcada por los nombres de *J. Locke* (1632-1704), *D. Hartley* (1705-1757), *D. Hume* (1711-1776) y en Alemania un poco retrasado *J.F. Herbart* (1773-1836). En medio de los avances realizados por las ciencias «naturales» respecto al control del mundo exterior el «Yo cognoscitivo» occidental, a través de estos hombres, recuperó sus pretensiones de establecerse como «ombligo» del universo, proyecto este suspendido temporalmente por el cristianismo que colocó al hombre en un segundo plano para poner en el trono a Dios. Dicho «Yo» se dispuso entonces a completar la representación cognoscitiva del mundo, o sea el mapa del saber. Lo hizo volviéndose hacia el mismo punto central de aquel orden simbólico que iba siendo construido por parte de las ciencias. Sin embargo, como expuse en mi artículo «Sobre el “Yo-cognoscitivo” del investigador» mencionado anteriormente, este viraje «autoreferente» de la operación cognoscitiva basada en la representación, por lo visto tan exitosa en las ciencias naturales, conlleva el riesgo de hacer derrumbar toda esta construcción. Puesto que, en términos de la teoría de conjuntos, el sujeto de la representación siempre acaba saliendo como este «uno en más» que a modo de la antinomia de *Russell*, pone de manifiesto la imposibilidad de un sistema cerrado y hace volar todo el edificio. Una aproximación *empírica* a este sujeto, «ombligo», punto central, tiene que producirse, entonces, de forma muy cauta, y una de las medidas de precaución más eficaces es la abstracción, con lo cual ya se elucida en poco la predilección para las matemáticas y sus abstracciones que más adelante caracteriza la evolución de la psicología. Lo que pasa es que el *modelo asociacionista* del psiquismo ideado por los doctos que acabamos de enumerar cumplió bastante bien con estos criterios de cautela y abstracción: La mente humana, según ellos, es un mecanismo a la vez sencillo y potente que funciona conforme a unas leyes elementales de la asociación. Es un órgano sin abismos ni paradojas, siempre al

servicio de una representación fiable del mundo. En efecto, el modelo asociacionista del psiquismo no proporciona un saber concreto ni tiene un valor práctico, pero sí sirve perfectamente como una especie de «missing link» (eslabón perdido) para completar ese orden de representación imprescindible a la economía mental del Occidente que apuesta por el control.

Sólo mucho más tarde, es decir en el siglo XIX, algunos hombres doctos tomaron en serio las conceptualizaciones filosóficas del asociacionismo y lo transformaron de una doctrina en un programa investigador. Fue el físico *Fechner* (1801-1887) y el fisiólogo *Weber* (1795-1878) quienes por primera vez en la historia del Occidente se disponían a establecer relaciones o asociaciones entre un continuo físico y otro psíquico (p.e. el peso de un objeto y el incremento mínimo en el continuo físico preciso para llegar al peso adyacente distinguible del primero). De semejantes experimentos resultó la así llamada *psicofísica*. Más adelante en el sentido más textual del término *Ebbinghaus* (1850-1909) se dedicó con mucho empeño a la investigación de los fenómenos de formación y decaimiento de asociaciones entre distintos hechos empíricos (sobre todo en relación con procesos del aprendizaje y del olvido). A fin de elucidarlos, montó un sinfín de experimentos sobre asociaciones entre así llamadas *silabas sin significado*. Apareando semejantes sílabas, en un primer paso había que determinar la cantidad de presentaciones precisas para llegar a una reproducción correcta del segundo término dado el primero. Terminado este proceso de «*aprendizaje*» había que investigar el proceso de «*olvido*». De esta manera Ebbinghaus estableció un montón de curvas logarítmicas que describen el decaimiento de asociaciones en función del tiempo transcurrido.

Ebbinghaus ya pertenece a la primera generación de catedráticos de psicología que se abrió camino, una vez fundado en el año 1879 ese famoso laboratorio de Wundt (1832-1920) quien dicho de paso se resistió a esta independización de la psicología y quedó colocado en la Facultad de Filosofía. Como ya he dicho para los alemanes y, en términos más generales, una fracción «mayoritaria» de la psicología dominante, la fundación de este laboratorio coincide con el nacimiento de una psicología propiamente dicha.

A diferencia de Ebbinghaus, Wundt tenía un proyecto bastante más exigente en lo de su envergadura teórica. Consistió en identificar el conjunto de elementos primitivos del psiquismo que al ensamblarse llegan a formar los fenómenos complejos, a partir de las sensaciones más primitivas hasta los procesos mentales más intrincados. Por eso su proyecto pasó a ser llamado la *psicología de elementos*. Sin embargo, lo que importa más es que en la obra de Wundt ya se acusa un desdoblamiento que más adelante va a determinar la evolución de la psicología en su totalidad. Puesto que además de la psicología experimental Wundt se dedicó

a la etnopsicología cuyos planteamientos consideró demasiado complejos como para encajar en su visión de una psicología de elementos. Por tanto, para este segundo campo de su trabajo, descartó la aplicabilidad del modelo asociacionista y los métodos correspondientes.

Lo que une los dos mundos de su trabajo fue la falta de rendimientos prácticamente útiles, lo que más que una falta puede tomarse por una consigna de la posición filosófica en la historia de la psicología que sigue persistiendo en su programa. Respecto a esta abstinencia deliberada de utilidad, en la misma época por fin se produjo una auténtica ruptura en la tradición de la que andamos hablando hasta ahora.

Fue *F. Galton* (1822-1911), eugénico e inspirado en las investigaciones de *Darwin*, quien por vez primera abogó por la prioridad de aportaciones útiles de las ciencias humanas a la hora de plantearse problemas políticos, económicos y sociales. Como pionero de un «racismo científico» elaboró todo un programa de diagnosticar rasgos diferenciales físicos y psíquicos, o sea características de las que se desprende la inferioridad o superioridad de un individuo humano, con el fin de «mejorar la raza humana». Por decirlo así fue el inventor de los «tests» que hoy en día en nuestra cultura juegan un papel tan importante. Además le corresponde el «mérito» de haber introducido la estadística en la psicología (como la célebre «tabla de Galton»). Más adelante los estadísticos *K. Pearson* y *Spearman* retomaron este impulso de Galton hacia una «estadistificación» de la psicología (véase al respecto Leiser 1992).

Cuando hablamos de una ruptura en la evolución histórica de la psicología empleamos la palabra en más de un sentido: había un corte histórico que marca un «antes» y un «después». Pero no se produjo un relevo nítido de una posición anterior, la *posición filosófica*, por parte de otra posición posterior, la *posición utilitarista*, sino que más bien ambas posiciones siguieron existiendo a modo de dos mundos cada vez más enajenados uno del otro. Y por fin surgió una tercera posición, a saber el *psicoanálisis*, que aceptó la imposibilidad de una psicología como proyecto de un saber coherente y totalizador sobre la condición humana, inscrita en esa «lógica de espejo» que caracteriza a aquel «Yo» occidental y su citado «orden de la representation». Por consiguiente el psicoanálisis se conformó con vivir con lo que en el citado artículo «Sobre el “Yo-cognoscitivo” del investigador» se denomina «fisura incurable», una fisura que se abre entre el «Yo» y el «subterráneo» de aquellas estructuras antepuestas primordiales. Sobre esta tercera posición psicoanalítica de corte estructuralista vamos a volver al final de esta «carretera» por la historia de la psicología. Pero si esta posición psicoanalítica proclama como lo hace la no-viabilidad de una psicología y más general de las ciencias humanas como ciencias «positivas» y por tanto constata su «ocaso», a continuación

hay que preguntar cómo no obstante parece funcionar esta psicología comprometida con fines útiles inaugurada por *Galton* y puesta en escena por sus sucesores a estilo de las ciencias positivas.

Para proseguir por ahora por el rumbo histórico, el nuevo objetivo de la utilidad abrió camino para todo un proyecto axiomático de una nueva psicología que reivindicó acabar una vez para siempre con los «vicios filosóficos» y atender a las demandas de un instrumental psicológico de control que vienen de la sociedad y particularmente la economía. En un primer paso este proyecto llegó a sentarse en el «manifiesto funcionalista» del norteamericano *J.R. Angell* del año 1907 (véase Angell 1907), que encajó perfectamente en la recién establecida doctrina del «pragmatismo» del filósofo norteamericano *J. Dewey* (1859-1952). Por bastante tiempo el mundo anglosajón siguió manteniendo el protagonismo respecto a esta nueva orientación utilitarista de la psicología, polemizando de vez en cuando desde el otro lado del Atlántico contra el «estructuralismo» anacrónico de las escuelas psicológicas del continente europeo.

Mientras que el funcionalismo, a estilo de Angell, al dedicarse al estudio de las funciones psíquicas y su valor adaptativo, por lo menos mantenía un resto de pretensiones teóricas en el sentido de captar los hechos empíricos en el margen de alguna conceptualidad específica, este resto se esfumó por completo en un segundo viraje del funcionalismo hacia el conductismo. En su famoso manifiesto del año 1913 el también norteamericano *J.B. Watson* proclamó la abolición definitiva de cualquier constructo teórico y definió como única tarea legítima de una psicología futura recoger datos sobre las respuestas conductuales del organismo —sea una rata o sea un ser humano— provocadas por estímulos observables, con el fin de establecer relaciones empíricas entre ambos lados (véase Watson 1913). Así que en efecto proclamó la supresión de lo que suele llamarse psicología para transformarla en una *ciencia conductual*. Cabe hablar de una conversión del control filosófico del mundo por parte de este «Yo cognoscitivo» en un control puro y llano: el propio sujeto controlador se convierte en objeto controlado —operación ésta que tenía que conllevar algunas consecuencias «esquizofrénicas»—.

Sin embargo, a primera vista comenzó una «época dorada» del conductismo que culminó en sus protagonistas tan famosos como *Thorndike*, *Guthrie*, *Tolman* y ante todo *Skinner*. El último consiguió transformar el conductismo en todo un cuadro del mundo, que se pone a ilustrar en su novela utópica «Walden II». Lo que pasa es que aunque Europa occidental quedó al margen de esta coyuntura conductista, sí que llegó a establecerse un vínculo sorprendente entre el conductismo estadounidense y la psicología soviética de entonces fuertemente enlazada

con la reflexología de *Pavlov* (1849-1936) y *Bejterev* (1857-1927), una afinidad que bien se resiste a las interpretaciones ideológicas de un marxismo clásico.

Pues bien, pronto se vio que las pretensiones fundamentales del conductismo estaban tan lejos de la complejidad no sólo del psiquismo humano sino ya de las ratas, que por lo menos a nivel científico entró en declive. Esto se manifestó por una parte en un emblandecimiento progresivo de sus principios (p.e. en la obra de *Bandura*) y por otra parte en una excrecencia de «trabajos restitutivos» como muestran las fórmulas laberínticas de un *C.L. Hull* (1884-1952) o las profesiones «interconductuales» verdaderamente enciclopédicas del ya mencionado *J.R. Kantor*. Al hablar del declive a nivel científico de la evolución hay que tener en cuenta que hay otros niveles que influyen en la fuerza vital de las ciencias, p.e. el nivel ideológico o el nivel institucional. De ahí que dado un ambiente favorable al respecto el conductismo ha sabido sobrevivir cómodamente o aun dominar. Fue así en algunos países de América Latina vinculados estrechamente con EE.UU. y un ejemplo más cercano es la U.N.E.D. donde hasta la fecha persiste una fuerte orientación conductista.

Cuando la psicología norteamericana se apoderó del continente europeo terminada la segunda guerra mundial lo que adoptamos aquí no fue su contenido conductista pero sí este vacío teórico que a continuación —y ahora puedo aprovechar mis propias experiencias en Alemania— fue llenándose con algunas doctrinas metodológicas y fórmulas estadísticas. Lo último acabó llevando a lo que en dicho artículo llegué a llamar la «estadistificación» de la psicología.

Llegamos ahora al final de este recorrido histórico y estamos en condiciones de preguntar, a partir de unos criterios *foucaultianos* y *psicoanalíticos*, a qué viene esta situación actual en lo que respecta al tópico de aquella economía del sujeto occidental basada en el control. Puede decirse que la evolución reciente implica otro viraje de un control concreto (a modo del conductismo) a un *discurso de controlabilidad*. Este discurso comprende un nivel científico donde el término de controlabilidad es más o menos idéntico con la consigna de «cientificidad» y por eso hay tantos esfuerzos de la psicología académica de hoy por demostrarla. Pero cada vez más importa otro nivel profano y fuera de la psicología académica que convierte la controlabilidad en un proyecto cotidiano de cada uno. Es lo que suele llamarse, con connotaciones injustamente despectivas, la vulgarización de psicología o, que es lo mismo, la psicologización de la vida cotidiana.

Consiste en un adiestramiento vitalicio de reacciones, emociones, pensamientos y vivencias «normales», todo lo que *Foucault* llama la «normalización». Este adiestramiento se apoya en técnicas psíquicas de autocontrol, autodiagnóstico y «modelaciones» individuales. Ejemplos actuales de tales modelaciones son el tipo

«Yuppy», el tipo «Jasp», el «Single», la chica «Cosmo», la chica «sexy» etc. Todo esto hoy en día forma parte integral de lo que en la terminología *foucaultiana* se llama «dispositivo de poder».

Y esta psicología vulgar por su parte precisa de una autoridad para invocarla, para alimentar su discurso continuo y legitimarlo. Así que, sin contar con resultados presentables o un saber generalizable en el sentido clásico de las ciencias, la psicología académica, al cumplir con esta función de instancia legitimadora, ya tiene su razón de ser. De ahí que desde el punto de vista del sistema social y su estabilidad parece ser una inversión beneficiosa. Puesto que un dispositivo de poder que se fundamenta en un instrumental individualizado e interiorizado que incluso puede basarse en la ilusión de libertad individual es preferible con mucho a un control exterior y abiertamente represivo y además tiene mucho más eficacia (para concretar este argumento véase «Sexualidad y verdad» de *Foucault*, donde se encuentran recopiladas sus investigaciones históricas del discurso sobre la sexualidad cada vez más refinado). Profundizar este argumento sería materia suficiente para otra conferencia. Por lo demás, ya al principio de esta conferencia anticipé que me importa completar y corregir este argumento foucaultiano por otro del psicoanálisis estructuralista.

Lo que pasa es que enfocado desde este ángulo, este dispositivo de poder a pesar de todo lo dicho tiene sus agujeros y grietas por los que entreluce un subterráneo que queda muy lejos de adaptarse a los criterios de la «normalidad» y de un funcionamiento del poder estable y consistente. Más bien se nos presenta un escenario delirante, lugar de la locura, la locura intrínseca y ubicua del capitalismo (como dirían Deleuze y Guattari, véase *Deleuze/Guattari 1973*). Mientras más se ilusiona nuestra cultura en haber desterrado a la locura y lo anormal a los manicomios e instituciones penitenciarias, con mayor fuerza se manifiesta lo patológico en el propio ámbito de la normalidad: Estamos ante una incidencia casi epidémica de perturbaciones psíquicas. Presenciamos la pulsión tanática de forma feroz y textualmente imperiosa en cualquier carretera. Somos adictos de cualquier cosa menos de una vida contenta. Al mismo tiempo, nos dedicamos de manera auténticamente obsesiva al refinamiento de sistemas de clasificación de nuestro estado de ánimo y a la optimización de los parámetros pertinentes, hasta el extremo de plantear intervenciones en las dotes psíquicas mediante la ingeniería genética. Lo último a su vez alimenta a un nuevo fascismo y racismo por fin científicamente ilustrado (véase *Murray/Herrnstein 1994*). Así que la normalidad mental de nuestros tiempos se descubre, mirada de cerca, como un acontecimiento bastante apocalíptico.

En total, la psicología como último proyecto de aquel sujeto controlador del Occidente por fin se ha hecho el discurso «chiflado» de un mundo fantasmal. En

estas condiciones me resulta difícil especular y abogar por alguna psicología futura menos desilusionadora y más prometedora. Por lo que sí abogo es la renuncia a una psicología dentro de la «lógica del control» y la recuperación de una aproximación mucho más modesta, crítica y reconciliadora a la condición humana como es, incluso sus «fisuras incurables». Para mí el enfoque psicoanalítico que acabo de indicar es un paso en esta dirección. Digo esto después de bastantes años de intensa participación en un proyecto alternativo de psicología que se llama «psicología crítica», hasta que por fin me diera cuenta de que a la hora de terminar la crítica y elaborar la alternativa este proyecto acabó recayendo en la misma «lógica del control». Ahora ya no vale la pena lamentarlo, porque más o menos este proyecto se hundió, hundimiento acelerado, eso sí, por la reunificación alemana y sus efectos devastadores para todos los proyectos «alternativos».

El esquema siguiente debe servir para resumir los pasos de mi exposición por medio de unas palabras clave:

- * relación *hombre-mundo* caracterizada por el control
- * «Yo» —punto central unívoco
- * reflexión sobre este «ombligo»
- > posición filosófica
- Aristoteles.
- Agustino.
- Enfoque positivista: Locke, Hume, Hartley, Herbart -> mente humana un aparato bien diseñado pero abstracto (asociacionismo).
- Tomar en serio el asociacionismo y convertirlo en objeto empírico: Weber, Fechner, Ebbinghaus, Wundt.
- > viraje a posición utilitarista: poner en práctica el proyecto occidental del control (Galton, Angell).
- conductismo como control puro y llano.
- «psicologización» de la vida cotidiana como discurso *ideológico* (?) en el margen de un «dispositivo del poder» y componente de un instrumental de «normalización»: control -> autocontrol y psicología académica como instancia legitimadora.
- > posición psicoanalítica como antípodo: niega la posibilidad de la psicología como ciencia positiva y de un saber totalizador en el margen del «orden de representación» (*fisura incurable*).

BIBLIOGRAFÍA

- ANGELL, J.R. (1907) «The province of funcional psychology». *Psychological Review*, 14, 61-91.
- ARISTOTELES (1994) *Acerca del alma*. Madrid, Gredos.
- DELEUZE, G., GUATTARI, F. (1977) *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Barral.
- LEISER, E. (1994) «La estructura del tiempo en historiografía». *LLULL*, 17, 61-74.
- (1992) «Las matemáticas en la historia de la psicología». *LLULL*, 15, 49-62.
- MURRAY, C., HERRNSTEIN, R.J. (1994) *The bell curve-intelligence and class structure*. New York, The Free Press.
- WATSON, J.B. (1913) «Psychology as the behaviorist views it». *Psychological Review*, 20, 158-177.

UNA INTERPRETACION DEL TÉRMINO «HERMENÉUTICA» A PARTIR DE UN TEXTO DE FRIEDRICH AUGUST WOLF DE 1839

MARIO H. OTERO
Universidad de la República
Montevideo, Uruguay

Frente al uso, en nuestro tiempo, muchas veces especulativo y hasta en algunos casos delirante, del término «hermenéutica», nos proponemos presentar una interpretación alternativa del mismo que nos parece por demás interesante.

1. Gert Schubring, dentro del muy significativo texto suyo de 1997, *Analysis of historical textbooks in mathematics, lecture notes*, presenta una noción muy amplia de análisis hermenéutico que se remonta a uno de los fundadores de la hermenéutica moderna: Friedrich August Wolf. Éste considera inconveniente considerar a dicha disciplina como mera introspección o empatía.

Así traduce Schubring del alemán un texto significativo:

Hermeneutics —or the art of explaining— teaches us to understand the thoughts of another person by means of their signs and to explain them. This affords the gift